



Sales

Esta

Numero

B
85
25

Biblioteca Universitaria

S

Re

T

Numero

C
17
93

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

2
38-164

BIBLIOTE

G

Sala:

B

Esta

25

Número:

425

Biblioteca Universitaria

CRANADA

Sala:

C

Estante

17

Tabla

Número

193

2
38-164

2

38-164

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

Galería Literaria.—Murcia y Martí, editores.

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA

IMPRESIONES DE VIAJE

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR E. H. Y F.

TOMO II.

MADRID.

Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1873.

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA

IMPRESIONES DE VIAJE

POR

ALFONSO DUMAS.
Es propiedad de los editores.

TRADUCIDA

POR E. H. Y F.

TOMO II.

MADRID.
Imprenta de la Galería Literaria,
Coteguias, 8.

1883

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

CAPITULO PRIMERO.

San Francisco.

I.

Por fortuna, yo tenía en Tillier, que, como he dicho, había llegado quince días antes, un excelente guía para iniciarme en la vida californiana.

Permanecimos cuatro días en el campo francés, ocupados exclusivamente en establecer nuestro vivac.

Al quinto día cada cual empezó á trabajar segun sus facultades, y á trabajar por la comunidad; pero este trabajo en comun no duró más que otros cuatro días.

En el siguiente, la sociedad se disolvió.

Nuestra primera industria habia sido la de cortar madera y leña en un bosque situado cerca del camino de la Mision, para venderla luego á un tratante que habíamos tenido la fortuna de encontrar y que nos la pagaba á noventa piastras el haz, ó lo que es lo mismo, á cuatrocientos setenta francos, con corta diferencia.

Esta leña era muy buena para la lumbre, y despues de partirla convenientemente y de arreglarla en haces, la trasportábamos sobre nuestras espaldas al depósito establecido por el tratante.

A todo el mundo le estaba permitido cortar madera, y por nuestra parte usábamos y casi abusábamos de este permiso.

Este bosque, aparte de algunos grupos de árboles esparcidos acá y allá, no existe en la actualidad; las continuadas cortas realizadas por los emigrados lo han destruido por completo, y lo poco que de él queda tardará muy poco en desaparecer.

En las cercanias empiezan á edificarse al-

gunas casas, que serán con el tiempo los boulevards de San Francisco, y la vecindad de estos bosquecillos les da un aspecto muy alegre y pintoresco.

II.

Ya he indicado que nuestra asociación duró solamente cuatro días; al cabo de este tiempo repartimos los fondos, tocando cien francos á cada uno; repartimos igualmente los víveres y disolvimos la sociedad.

Por consecuencia de esta resolución, cada cual separó su tienda y sus efectos de la tienda y los efectos de los demás y empezó á buscar fortuna por cuenta propia.

Por mi parte, ignorante aun del país en que me hallaba, me abandoné á la experiencia de mi amigo Tillier, que me aconsejó hacerme demandadero como él. Joven y vigoroso, no tuve inconveniente en seguir su consejo, y desde aquel día, provisto de fuertes cordeles y de unas angarillas, fui todas las

mañanas en union de mi compañero á situarme en la esquina de una de las casas del puerto.

III. me nos la pagaba á

El oficio que habia abrazado no dejaba de ser bueno, pues gracias á las continuas llegadas de buques, nunca faltaba ocupacion. Tiliier y yo llevábamos los bultos y fardos grandes ó pequeños en nuestras angarillas, y hubó dia que en mi oficio, que en París apenas me hubiera producido cuatro francos, gané en San Francisco diez y ocho ó veinte piastras.

El conocido proverbio *no hay mal oficio para el hombre trabajador*, se ha hecho indudablemente para California. Allí se prescindia de todas las preocupaciones, hasta el punto de que he visto médicos, abogados y cómicos, convertidos en marmitones y pinches de cocina. Los emigrantes, una vez en San Francisco, tenían necesariamente que adoptar una filosofia muy parecida ó igual á la que res-

plandece en el lazareto de Tormés y en Gil Blas de Santillana.

— Mi carácter había sufrido una notable modificación, y fui allí tan económico como había sido pródigo y gastador en Francia. Con cinco ó seis piastras al día, ó lo que es lo mismo, con treinta ó treinta y cinco francos, cubría mis necesidades, y lo demás lo guardaba cuidadosamente.

IV.

Esta economía tenía un objeto.

— El objeto era reunir una cantidad suficiente para satisfacer los gastos de nuestra partida, pues tanto mi compañero como yo teníamos por cierto que el verdadero Eldorado estaba en los plácemes auríferos.

— En poco más de dos meses, trabajando como un negro y economizando como un judío, pude reunir cuatrocientas piastras, es decir, dos mil francos próximamente.

Tillier, que como ya he dicho, llegara á

San Francisco quince dias antes que yo, tenia doscientas piastras más.

Durante los dos meses en que fuí demandado tuve tiempo de recorrer y examinar perfectamente la ciudad de San Francisco.

Ya he indicado cual fué su origen: diré ahora lo que era en la época de mi llegada, es decir, diez y ocho meses despues de su fundacion.

V.

A mi llegada á California, la poblacion de esta comarca, tanto en San Francisco como en las minas, no pasaba de ciento veinte mil hombres, y nuestro arribo habia aumentado en quince el número de mujeres.

Por lo demás, como si en este Nuevo Mundo, de la misma manera que en el antiguo, lo supérfluo debiera formar la vanguardia de lo necesario, se habian establecido expectáculos y bailes, entre los cuales merece especial mencion un teatrillo situado en la calle de Washington.

Para que en este coliseo pudieran ejecutarse comedias, no faltaba entonces más que una cosa: que hubiera actores.

VI.

Por fortuna, el buque que habia conducido á M. Santiago Arago desde Valparaiso, condujo tambien á un actor llamado M. Delamarre.

M. Delamarre se encontró solo en San Francisco, sin concurrencia, lo que era una ventaja, pero tambien sin compañía, lo que era una dificultad.

No se desanimó por esto y empezó por contratar á dos mujeres; una de ellas habia llegado en el *Tarento* y la otra habia sido una de nuestras compañeras de travesía en el *Cachalote*.

La primera de estas nuevas actrices se llamaba Hortensia, la segunda Julieta.

Formado el núcleo, M. Delamarre reclutó á derecha é izquierda, como se dice vulgar-

mente, y un mes despues de mi llegada habia conseguido organizar una mediana compañía.

Hasta entonces el teatro no habia servido más que para celebrar bailes modelados sobre los de la ópera; pero habia la desgracia de que, escaseando mucho el bello sexo, no asistian más que hombres.

CAPITULO II.

Continúa el anterior.

I.

Habia en San Francisco una institucion anterior al teatro y que habia precedido tambien á los conciertos y á los bailes de máscaras: eran las casas de juego.

Apenas fué hallado el oro, se encontró tambien el modo de derrocharlo.

El juego era, pues, la distraccion por excelencia.

Nada más curioso, nada más digno de atencion que la organizacion interior de una de estas casas.

La más respetada, la más concurrida, la más rica en mineral, era indudablemente la llamada el Eldorado.

Y he dicho rica en mineral, porque allí es muy raro, extremadamente raro, una verdadera casualidad, que la plata y el oro se jueguen bajo la forma de moneda.

Allí, en el sentido literal de la palabra, se juegan montones de oro.

A uno y otro lado de la gran mesa de juego se ven balanzas para que los concurrentes puedan pesar sus lingotes.

Quando ya no hay más lingotes, se juega el relój, la cadena, los dijes: todo puede entrar en suerte, todo tiene su estimacion, todo tiene precio.

Solamente que se va allí como se va á un combate: con el fusil al hombro y las pistolas en la cintura.

Cuantas mujeres habia en San Francisco asistian por las tardes á la casa de juego, y si decididos son los hombres, ellas se hacen notar por su tenacidad en las apuestas y la tranquilidad con que soportan las pérdidas.

Allí se proclama la igualdad en toda la extension de la palabra; banqueros y esportille-

ros, capitalistas y aguadores, arriesgan juntos su dinero y juegan en la misma mesa.

En todas las casas de juego se ha establecido una especie de botillería ó cafetín donde se venden licores y refrescos á precios elevadísimos; baste decir que una copa de aguardiente ó un vasito de vino cuesta dos reales chilenos, ó lo que es lo mismo, un franco veinticinco céntimos.

Junto á la sala de juego se bailaba; los músicos estaban instalados en una habitación contigua, y tocaban desde el amanecer hasta las diez de la noche.

A esta hora concluía la fiesta y cada cual se marchaba á su casa. Los jugadores perdidosos permanecían allí, se reunían y organizaban otra vez el juego.

He dicho que las mujeres se hacen notar, entre todos, por su encarnizamiento en jugar y su tranquilidad para perder.

II.

La poblacion femenina se aumentaba de dia en dia y de una manera rápida, gracias á los buques, de los cuales he hablado ya, que llegaban de Chile y del Perú, con cargamento de *bello sexo*.

Y hé aquí unos negreros de nuevo género, cuya industria no habia podido ser prevista en los tratados del derecho de visita.

Infinitos buques estaban anclados en los mejores puertos de la costa occidental de América, desde el cabo Blanco hasta el archipiélago de Chiloe, y allí hacian un llamamiento, especie de enganche voluntario, á todas las mujeres, especialmente las jóvenes, que arrastradas por un espíritu aventurero, quisieran tentar fortuna en California.

En aquella comarca no era difícil encontrar mujeres que hablasen perfectamente el español. El capitan del buque las contrataba bajo la base de sesenta piastras por pasaje y alimentacion, pagados al llegar á San Fran-

cisco y cuando la mujer hubiese encontrado una colocacion provechosa. Muy rara era la que no hallaba, apenas ponía el pié en tierra, un adorador generoso que la hacia los más bellos ofrecimientos, y como la primera cantidad que recibia no bajaba generalmente de trescientas ó cuatrocientas piastras, podia muy bien pagar en el acto al capitán el precio estipulado y aun le quedaba un regular beneficio.

Sucedía con no poca frecuencia que, al dia siguiente de haber recibido las trescientas piastras, descontenta sin duda del contrato, la mujer abandonaba la casa de su reciente dueño y se marchaba con otro. El hombre ponía, como se dice vulgarmente, el grito en el cielo; pero como no habia una ley que protegiese ó garantizase este tráfico, no podia hacer reclamaciones de ninguna especie, y se quedaba sin dinero y sin mujer.

Por lo demás, todas las industrias eran productivas y habia entre ellas gran concurrencia.

A la cabeza de las de primera necesidad estaba la de panaderos.

Eran estos casi todos americanos ó franceses y hacian un pan excelente. Este pan se vendia á un precio elevado; pero como dije antes, desde nuestra llegada habia bajado mucho. Vendióse primeramente á una piastra la libra, pero en la época de nuestro arribo habia descendido á un franco veinticinco céntimos, precio que se sostiene todavía, segun presumo.

IV.

Los especieros ó tenderos de artículos alimenticios seguian en importancia á los panaderos. Eran en su mayor parte americanos, lo que no dejaba de ser una circunstancia su-

mamente perjudicial para los recién llegados de otros países que no sabían una palabra del inglés, atendido á que los especieros americanos tienen gran parecido con los comerciantes turcos.

No entendiendo á la primera vez lo que se les pide, tampoco se toman el trabajo de servir al comprador, y éste se vé en la necesidad de indicar por señas el objeto que desea ó de cogerlo y de ponerlo sobre el mostrador para que el comerciante se disponga á vendérselo.

V.

Los cafés cantantes ocupaban el tercer lugar: eran unos magníficos establecimientos, que atraían todas las noches una considerable concurrencia. El más importante era el de París, llamado también de los Ciegos y del Salvaje.

En este café se oyen canciones francesas, y cualquiera creeria hallarse en el pasaje Verdeau ó en los Campos Elíseos.

En el café de la Independencia la cosa variaba de aspecto y tomaba cierto carácter aristocrático: allí se cantaba ópera, y solo se pagaba el consumo.

En verdad que este era sumamente caro, como se puede juzgar de los siguientes precios: una copa de aguardiente costaba dos reales chilenos; un vaso de leche una piastra, una botella de Burdeos tres, y una de Champagne cinco.

VI.

Las fondas y reposterías pertenecían por regla general á los chinos, que tenían la deplorable costumbre de condimentar todos los manjares según la moda de su país: se comprende que era una cocina abominable; pero aun así no faltaban consumidores.

Los posaderos y hosteleros eran franceses y su nacionalidad se revelaba en los títulos de sus establecimientos.

Habia, pues, el hotel de Laffayette, el ho-

tel de Francia, la hostería Imperial, la de Los Dos Mundos, etc., etc. III

VII.

Tambien habia establecidas algunas encantadoras modistas; pero como á mi llegada á California no habia en San Francisco más que veinte ó veinticinco mujeres, y á mi partida más que dos ó tres mil, número demasiado reducido para que pudiesen sostenerse aquellos establecimientos, las pobres modistas que no contaban con otros recursos que los productos de su trabajo lo pasaban bastante mal.

Sin embargo, á mi salida de California, aumentada considerablemente, como ya he dicho, la poblacion femenina de la ciudad, estos establecimientos empezaban á prosperar.

Tambien habian llegado algunos agricultores provistos de sus útiles de labranza y de gran cantidad de semillas destinadas á la siembra. Despues de visitar y reconocer los terrenos en venta, compraban los que les parecian más convenientes, y acto seguido empezaban las roturaciones.

Estos terrenos pertenecian en su totalidad al gobierno americano ó á los emigrados de Méjico.

Los compradores pagaban el precio de la adquisicion con los productos de la cosecha.

Castro y su hermano, los antiguos jefes de la insurreccion californiana, se han dedicado al comercio y tienen en el dia un capital de cinco ó seis millones.

Les pertenecen todas las tierras de la costa occidental de la rada de San Francisco, y en ellas se alimentan rebaños numerosos.

IX.

Queda aun el oficio de buscador de oro, el más seductor y productivo de todos los que se practican en California, y este era el que Tillier y yo queríamos abrazar, dándonos sus brillantes promesas el valor necesario para hacer rápidas economías.

CAPITULO III.

Los pláceres.

I.

Cuando tuvimos reunido el dinero que nos habíamos propuesto, es decir, cuando me vi dueño de cuatrocientas piastras y Tillier de seiscientas, cantidad que considerábamos bastante para sufragar los gastos de nuestro viaje, resolvimos salir de San Francisco y emprender nuestra marcha hácia los pláceres.

Teníamos que escoger entre los del San Joaquin y los de las márgenes del Sacramento.

Esta cuestion fué detenidamente discutida con todas sus ventajas y desventajas, y al fin nos decidimos por ir á los del San Joaquin,

que están más cerca que los del Sacramento, y cuyas minas pasan por ser las más ricas.

Este viaje era nuestro negocio y de él dependía nuestra fortuna.

Desde luego los buques costaneros, y este comercio, que me había olvidado de mencionar, es uno de los más considerables de California; los buques costaneros, repito, que hacían la travesía de San Francisco á Stockton, exigieron quince piastras por el pasaje de una persona, no comprendiendo la alimentación. Una vez allí, como los primeros plácemes que acompañan casi siempre al curso de los riachuelos afluentes al San Joaquin ó al Sacramento están todavía á una distancia de treinta leguas, era necesario comprar una mula para trasportar los víveres y las herramientas.

II.

Nuestros utensilios de trabajo, así como la tienda de campaña, que nos había servido

de albergue, fueron comprados en San Francisco antes de nuestra partida, pues aunque parezca imposible, todo se hacia mucho más caro á medida que se iba penetrando en las tierras auríferas.

Las herramientas se componian de palas, azadones, piquetas y una batea.

Una batea era bastante para Tillier y yo, porque en las sociedades de dos individuos el trabajo se reparte, y mientras el uno mina, el otro lava.

La batea, instrumento que sirve para el lavado de las tierras, es una especie de hortera de madera ó de estaño de diez ó diez y seis pulgadas de diámetro, de forma cónica, pero poco profunda y perfectamente unida en el interior.

Estas horteras, segun su capacidad, pueden contener de ocho á doce litros; se llenan de tierra hasta las dos terceras partes de su altura, y se sumergen en el agua agitándolas con suavidad, á fin de separar el oro de la tierra y de las piedras.

El lavador tiene que permanecer constantemente con el agua hasta la cintura, y su trabajo se reduce á imprimir á la batea un movimiento oscilatorio, á favor del cual se separan las materias más ligeras que el oro.

El minero es el que hace el hoyo de la mina y saca la tierra de la escavacion.

III.

Salimos de San Francisco el día 1.º y llegamos á Stockton dos días después.

Subimos por la bahía de San Pablo, dejando á nuestra izquierda cinco ó seis islas, que todavía no tienen nombre y que serán, andando el tiempo, puntos de recreo tan deliciosos como las islas de Asnieres y de Neuilly, en el Sena.

Llegamos á la confluencia del Sacramento y del San Joaquin, y alejándonos del primero, que se dirige al Norte, seguimos las márgenes del segundo, que tuerce bruscamente y descende hácia el Sur.

El primer afluente del San Joaquin se compone de la reunion de tres riachuelos: el Cosierias, el Mokeleus y otro cuyo nombre ignoro.

Estos tres arroyos riegan varias llanuras sumamente fértiles, pero que en la actualidad permanecen todavía invadidos por las yerbas silvestres, especialmente por la mostaza, cuyas flores, de un amarillo brillante, se destacaban, resplandecientes como ese oro que íbamos á buscar, sobre el follage sombrío de los robles.

De tiempo en tiempo se percibia una colina toda cubierta de avena, de una altura tal que un hombre á caballo desapareceria en ella por completo.

Veinte millas más abajo el riachuelo de las Calaveras vertia en el San Joaquin el poco considerable caudal de sus aguas.

Este rio riega una comarca de llanuras, cubierta de yerbas doradas por la accion de los rayos del sol, y todo su curso está trazado por bosquecillos de robles y por encantadoras

alamedas coronadas de flores blancas, cuyo embalsamado perfume llegaba hasta nosotros.

IV.

En Stockton, villa de creacion moderna, como lo indica su nombre, tan moderna que apenas cuenta dos años de existencia, compramos dos mulas y la provision de víveres que necesitábamos para el viaje.

Las mulas nos costaron ciento veinte piastras cada una.

En cuanto á las provisiones, se componian de cincuenta libras de harina, que nos costó sumamente barata, en atencion á que estaba averiada, por cuya circunstancia tuvimos las cincuenta libras por siete piastras; de dos jamones, que nos costaron veintidos piastras; de quince libras de galleta, cuyo precio era de dos francos cincuenta céntimos la libra; de un puchero de manteca fresca de cerdo, de veinte libras de judías secas y de tres ó cuatro de sal.

Realizadas todas esas compras, y deducidos los gastos de la travesía desde San Francisco á Stockton, de mis cuatrocientas piastras me quedaban todavía ciento veinte.

Una mula fué cargada con los utensilios y la tienda de campaña, y la otra con las provisiones.

Partimos, dirigiéndonos hácia el campo de Sonora, distante cincuenta leguas próximamente de Stockton, y situado en las cercanías de Mormon-Diggins, entre el riachuelo de Estanislao y el arroyo Tolemio.

Teníamos la intencion de hacer estas cuarenta leguas sin tocar á nuestras provisiones y viviendo exclusivamente de la caza. Yo tenia mi fusil, mi bayoneta y mis pistolas, todo nuevo, pues no habia encontrado aún ocasion de servirme de ella, y en cuanto á las municiones, poseia la misma cantidad de pólvora, balas y perdigones que habia sacado de Francia.

Tillier, que era un cazador bastante diestro, iba tan bien armado como yo.

VI.

Para ir de Stockton hasta el Estanislao, que es el primer arroyo que se encuentra en el camino, hay que atravesar magníficas y dilatadas llanuras, salpicadas de espesos bosquecillos y esmaltadas de unas bellas flores azules de gratisimo aroma, cuyo verdadero nombre ignoro, y de otra flor de vivo matiz rojo que crece á la sombra de los robles y que, segun he sabido despues, era la que los botánicos conocen con la denominacion de *pappy californica*.

Estos bosquecillos albergaban entre sus frondas una numerosa poblacion de volátiles, que los animaban con sus gritos y sus revoloteos: habia allí tórtolas azules, bellisimas palomas, hermosos faisanes y una perdiz monuda particular de California.

En cuanto á los cuadrúpedos que encon-

trábamos en nuestro camino, eran ardillas grises, negras y pardas, liebres de enormes orejas y conejos del tamaño de una rata.

Las ardillas nos hicieron gastar alguna pólvora, pero no pudimos matar ninguna.

VII.

Ya á la otra parte del Estanislao, que pasamos por un puente de barcas, donde, dicho sea de paso, nos cobraron una piastra por persona en concepto de derechos de pontazgo, continuamos nuestra marcha atravesando bosques bastante espesos y comenzamos á subir los primeros escalones de la montaña.

Quando no queríamos alejarnos á la derecha ó á la izquierda para dedicarnos á la caza, seguíamos por un hermoso camino, trazado por el paso de las mulas y de los carruajes, en el cual encontrábamos á cada momento numerosas caravanas que trasportaban á los plácemes víveres ó mercancías ó volvian á la costa para tomar cargas en Stockton ó en San Francisco.

A la caída de la tarde armábamos la tienda á un lado del camino, descargábamos las mulas, las sujetábamos, comíamos un poco de carne y galleta, y envueltos en las mantas nos entregábamos al sueño.

VIII.

Llegamos al campo de Sonora cinco dias despues de haber salido de Stockton; pero no nos detuvimos allí más que veinticuatro horas. Varios de nuestros compañeros, á quienes encontramos, nos dijeron que aquellas minas daban un producto muy corto, lo que nos desanimó en cierto modo; pero luego supimos que en el cercano Paso del Pino se habian descubierto nuevos pláceres sumamente abundantes en oro, y resolvimos dirigirnos allá.

El Paso del Pino está situado á tres ó cuatro leguas de Sonora, en un valle bastante profundo encajonado entre dos montañas.

Además de varios senderos, habia ya des-

de la Sonora al valle en cuestion un verdadero camino que atravesaba admirables y magníficos bosques de robles y abetos, más abundantes en caza que todos los que habíamos recorrido.

IX.

Llegamos al Paso del Pino á las cinco de la tarde, y apenas tuvimos tiempo para armar la tienda, descargar las mulas y hacer nuestra comida.

Estábamos, por otra parte, tan impacientes por empezar nuestro trabajo, que durante la noche nos pusimos á buscar un sitio conveniente para la explotacion.

Entonces se nos advirtió que los trabajadores no tenían el derecho de escojer el terreno, sino que les era designado por un alcalde.

Acto seguido nos presentamos á este funcionario, que se alojaba, como todos nosotros, bajo una tienda.

Por fortuna era un hombre sumamente campechano, que nos recibió muy bien. Para utilizar sus ratos de ocio habia establecido una especie de botillería; y por esta razon deseaba que se estableciese en torno suyo el mayor número posible de trabajadores.

Aquella misma noche, secundando con la mayor amabilidad nuestra impaciencia, nos llevó á los terrenos públicos, y clavando algunas estacas nos señaló el lugar que nos correspondia. A la mañana siguiente podríamos decirle si aquel sitio era bueno ó no.

Terminada la designacion del terreno fuimos á beber unas copas de aguardiente en la botillería del alcalde y acto seguido volvimos á nuestra tienda.

X.

A las siete de la mañana siguiente empezamos nuestra faena, poniéndonos los dos á cavar en el terreno que se nos habia señalado y que ocupaba un espacio de seis piés cuadrados.

A una profundidad de media vara encontramos la roca.

Esta circunstancia imprevista complicaba en gran manera la situación, pues carecíamos por completo de los instrumentos necesarios para taladrarla ó extraerla.

No por eso cejamos en nuestro propósito, y la hicimos saltar por medio de la pólvora.

Hubiéramos hecho volar una catedral, sin detenernos mucho á meditarlo; tanto era el ardor que demostrábamos en nuestro trabajo.

Durante cinco dias consecutivos continuamos extrayendo piedras y tierra.

Por fin, al mediar el sexto tuvimos el placer de encontrar la tierra rojiza que demuestra la presencia del oro.

XI.

Esta capa de tierra rojiza tiene generalmente un pié ó pié y medio de espesor, y contiene partículas auríferas en más ó menos nú-

mero. Es fría, ligera, muy blanda al trabajo de la azada, y está casi por completo compuesta de lice.

Una vez descubierta la tierra aurífera llenamos de ella nuestra batea, corrimos anhelantes al arroyo que atraviesa el valle y empezamos con una ansiedad febril la operación del lavado.

Separada la tierra y las piedras, quedó en el fondo de la batea una pequeña cantidad de oro.

Su valor podría ser de unos diez francos; pero por corto que fuese este primer resultado, siempre era algo. Indicaba, por lo menos, que no eran ilusorias las probabilidades de hacer fortuna, y esto nos dió nuevo ardor.

¡Habíamos visto el oro! ¡Lo habíamos recogido por nuestras propias manos!

XII.

Continuamos trabajando con afán creciente; pero, por desdicha, los productos no correspondieron á nuestras esperanzas.

En ocho dias de tarea apenas interrumpida, no recogimos más que el valor de treinta piastras en oro.

Entonces, viendo que la mina no producía lo bastante para alimentar á los mineros, viendo que nuestras provisiones iban agotándose y teniendo noticias de que en la parte de Sierra Nevada se obtenian mejores resultados, levantamos el campo, cargamos la tienda y las herramientas y el equipaje sobre nuestras mulas, y abandonamos el valle del aso del Pino.

Era el 1.º de mayo de 1850.

CAPITULO IV.

La sierra.

La Sierra Nevada, llamada tambien Sierra Negra, hácia la cual nos dirigimos en busca de una fortuna tan deseada, atraviesa las comarcas californianas en toda su extension de Nordeste á Sudeste. Esta cadena de montañas tiene una elevacion superior en mucho á todas las demás de California, y sus cumbres se ven perpétuamente cubiertas de nieve. Su desarrollo es inmenso, y á intervalos casi iguales ofrece á la vista anchas mesetas cubiertas de bosques, del centro de las cuales arrancan soberbios picos de carácter volcánico que se elevan has-

ta doce ó quince mil piés sobre el nivel del mar.

Estos picos, coronados por un turbante de nieves eternas, han dado á la cordillera el nombre de Sierra Nevada.

II.

Elévase ésta en mesetas sucesivas; las pendientes de las faldas son bastante suaves, pero poco á poco se van haciendo más rápidas á medida que se acercan á las regiones superiores. La distancia media, desde la base á la cima, es de veintiseis á veintiocho leguas.

Como los Alpes y otras muchas cordilleras importantes, la Sierra Nevada puede considerarse dividida en distintas regiones, cada una de las cuales posee una vegetacion particular; por ejemplo, en las faldas crecen los robles y los cedros, en las mesetas secundarias se ven bosques de encinas, en las regiones superiores dominan los pinos.

Estos, sin embargo, crecen tambien en las regiones más bajas.

Entre los montes californianos propiamente dichos y la Sierra Nevada están encerrados todos esos ricos depósitos de oro que han atraído á California gentes de todas las nacionalidades y muestras de todas las razas.

Las dos cordilleras, reuniéndose al Sur, forman el magnífico valle de Tucares, el más fértil, ó por lo ménos, uno de los más fértiles de California.

III.

Antes de ponernos en marcha, habiendo visto que el método del lavado por medio de la batea daba resultados muy lentos para nuestra impaciencia y demasiado medianos para nuestra ambicion, resolvimos construir una máquina de lavar.

Carecíamos, sin embargo, de los materiales y de las herramientas necesarias para llevar á cabo esta obra.

En primer lugar, necesitábamos una docena de tablas de seis pulgadas de ancho por

tres piés de largo, que habian de constituir el fondo de la máquina.

Hacer estas tablas era perder un tiempo que á cada instante nos parecia más precioso, y en cuanto á comprarlas, no éramos bastante ricos para pensar en ello.

Ocurriósemē entonces la idea de ir al campo americano, situado á legua y media del lugar en que nos hallábamos, y donde sabia que podría encontrar cajas viejas que habrian contenido víveres.

Hicimoslo así, y compramos las cajas vacías, que nos costaron dos piastras, y una pequeña cantidad de clavos.

Necesitábamos tambien una hoja de palastro; pero tuve la fortuna de encontrar, en el momento en que nos decidíamos á hacer esta adquisicion, un pedazo de hoja de lata, arrancada indudablemente del forro de la silla de una mula, y este feliz hallazgo nos permitió economizar lo que en la compra hubiéramos gastado.

A las ocho de la mañana estábamos de

vuelta en nuestra tienda, y acto seguido nos pusimos á construir la proyectada máquina, que dimos por concluida tras dos horas de trabajo, sin haber empleado otras herramientas que una sierra y nuestros cuchillos.

Inmediatamente la sometimos á un ensayo, para ver si los resultados correspondian á nuestras esperanzas, y quedamos perfectamente satisfechos.

Solo nos faltaba llegar á Sierra Nevada y encontrar un buen terreno.

IV.

Desarmamos la tienda, cargamos las mulas, y á las nueve de la mañana nos pusimos en marcha, empezando á subir las primeras pendientes de la cadena de montañas que se elevaba ante nuestra vista.

Allí el camino se reducía á un estrecho y tortuoso sendero que parecia abierto por el paso de los animales salvajes. Las mulas nos conducian á su capricho, y nos dejábamos

guiar por ellas, seguros de que sabrían encontrar el buen camino mejor que nosotros. El calor era sofocante, sin que bastasen á librar-nos de él las altas yerbas que orlaban los lados del sendero, y de tiempo en tiempo nos deteníamos para descansar á la sombra de los espesos bosquecillos, compuestos casi en su totalidad de robles y de abetos.

Dos veces, durante esta ascension, encontramos corrientes de agua pura y cristalina que descendian al valle para unirse al arroyo.

En la segunda hicimos alto, dimos de beber á las mulas, las dejamos pastar la fresca yerba de las márgenes y nos pusimos á comer.

V.

A las cinco de la tarde, debilitada ya la fuerza del sol, continuamos nuestra marcha, con la intencion de acampar sobre la cima de la montaña, á donde llegamos á las nueve y media de la noche.

Habia una magnífica luna, y no habíamos encontrado ningun animal peligroso, por más que nos hubiesen hablado mucho de serpientes de cascabel, de víboras y hasta de boas. Todas huyen, sin embargo, ante el hombre, y si alguna vez se aproximan á los sitios frecuentados, es, como diré en otra ocasion, para buscar el calor del sol.

Nos entregamos al descanso sin temor alguno y con la intencion de partir al amanecer el dia siguiente.

Una cosa nos inquietaba, sin embargo; la subida habia sido trabajosa, pero no sabíamos como seria el descenso.

VI.

Al romper el dia emprendimos la marcha, bajando por una suave pendiente cubierta de praderas y de bosques.

Aquella pendiente nos condujo á las márgenes del Murfis, uno de los principales afluentes del rio Estanislao.

No existía ninguna de las dificultades que temíamos; aquella comarca parecía un rincón del Paraíso.

Desgraciadamente, no es el Paraíso para los buscadores de oro.

Así como el Judío Errante oye continuamente detrás de sí la voz de un ángel que le grita: ¡anda! el minero oye sin cesar la voz de un demonio que le dice: ¡busca!

Llegamos al Murfis, cuyas orillas son bastante escarpadas, le atravesamos, seguimos por su margen durante una hora, y acampamos á un kilómetro de distancia de una montaña elevada que habíamos rodeado, y á unas cinco leguas de las primeras pendientes de la Sierra Nevada.

Al día siguiente, apenas rompió el día, continuamos la marcha.

VII.

Desde que habíamos salido de Sonora, no habíamos encontrado alma viviente, y la comarca parecía completamente desierta.

Sin embargo, otros aventureros habian emprendido y realizado antes que nosotros el mismo viaje; pero habia sido en la época de la licuacion de las nieves, durante la cual la enorme cantidad de agua que cae de las montañas inunda las llanuras inferiores donde se encuentra el oro, y por consiguiente, ningun trabajo habian podido llevar á efecto.

Nosotros llegábamos en mejor tiempo y era posible que consiguiéramos nuestro objeto.

VIII.

A las diez de la mañana alcanzamos el lugar donde pensábamos establecernos, y en sus alrededores vimos las señales de trabajos más ó menos recientes.

Esto era un antecedente que nos indicaba que era allí donde debíamos cavar; armamos nuestra tienda, dejamos las mulas en libertad de pacer la yerba de la llanura y nos pusimos á buscar un sitio á propósito para que nuestras tareas fuesen productivas.

Como no hay ningun signo exterior que indique los buenos ó malos sitios, esta faena era completamente aventurada, y lo mismo podia dar un bueno que un mal resultado.

IX.

Emprendimos con ardor el trabajo; mas apenas habiamos alcanzado una profundidad de dos piés, saltó un chorro de agua bajo los golpes de la piqueta.

Esta contingencia imprevista hacia imposible el trabajo.

Subimos la pendiente que se elevaba ante nosotros y empezamos en ella dos ó tres minas; pero tambien allí, á más ó menos profundidad, encontramos capas de agua.

Estas contrariedades no eran bastantes para abatir nuestro ánimo.

Habiamos encontrado varios filones de tierra rojiza, pero sometida al lavado, no dió la más pequeña cantidad de oro.

Entonces empezamos á trabajar en una cañada.

Se llama *cañada* el antiguo cauce de un arroyo seco.

Allí encontramos algunas pepitas auríferas, pero en muy corta cantidad.

X.

Volvimos á la tienda bastante desanimados y abatidos. Aquella vez, desvanecidas nuestras esperanzas, nos veíamos frente á frente de una realidad dolorosa.

Habíamos gastado más de setecientas piastras, y el oro que habíamos recogido apenas llegaba á doscientos francos.

Cenamos, sin embargo, con muy buen apetito, pues todo lo que nos quedaba era la esperanza en nuestras propias fuerzas, y era preciso que no se debilitasen.

Nuestra cena se compuso de una sopa, judías con jamon, y tortas de harina que ocupaban el lugar del pan.

Estas tortas las hacíamos nosotros mismos, y eran una especie de galletas aplasta-

das con las manos y cocidas bajo la ceniza.

Terminada la cena, hicimos nuestros preparativos para pasar la noche.

A la altura á que nos hallábamos, á más de tres mil piés sobre el nivel del mar, las noches empezaban á estar algo frescas. Esta circunstancia hizo conservar, alimentándole con mecha, durante toda la noche un buen fuego, que encendido cerca de la entrada de la tienda nos calentaba los piés.

XI.

Empezábamos á quedarnos dormidos cuando oímos á larga distancia un grito plañidero y prolongado, que repitieron los ecos de la montaña.

Nos levantamos de un salto, y por un movimiento instintivo, tendimos la mano hácia nuestros fusiles.

Un momento despues, distintos gritos parecidos ó iguales al primero, se dejaron oír

mucho más cerca, y reconocimos los ahullidos de los lobos.

Aquellos repugnantes animales descendían de la montaña que habíamos rodeado por la mañana, y sus quejumbrosos ahullidos iban en aumento, oyéndose cada vez más próximos.

Cogimos los fusiles y nos preparamos á la defensa, para el caso de que atacasen á las mulas.

La alerta, sin embargo, fué corta; los lobos siguieron la márgen del rio y poco despues se perdieron en la sierra.

Indudablemente nuestras emanaciones no habian llegado hasta ellos ni habian olido la presencia de las mulas.

Estas eran las que más nos preocupaban; estaban atadas á una estaca, á cuarenta pasos de nosotros, y fuimos á buscarlas, fusil en mano; las sujetamos á los palos de la tienda y esperamos la llegada del dia.

XII.

El resto de la noche se pasó tranquilamente y pudimos entregarnos al sueño.

Llegado el día levantamos el campo y nos pusimos en marcha.

Volvimos sobre nuestros pasos, y en vez de remontar la corriente de Murfis, bajábamos con ella.

A las once y media hicimos alto, comimos, y después de descansar un rato intentamos otra escavacion.

También allí encontramos agua, pero en tan poca cantidad que no impedía los trabajos.

A la profundidad de cinco ó seis piés, la tierra rojiza se ofreció á nuestros ojos; era una especie de arena gruesa, cuyo aspecto nos infundió esperanzas.

La recogimos, sometiéndola al lavado, y después de cinco horas de trabajo teníamos en nuestro poder algo más de una onza de oro, es decir, un valor equivalente á cien francos, con corta diferencia.

Al fin habíamos encontrado un buen filon, y resolvimos permanecer allí.

La noche nos encontró llenos de alegría y prometiéndonos un día mejor aún para el siguiente, puesto que solo habíamos trabajado durante la tarde y pensábamos no descansar en todo el día.

XIII.

Al anochecer tuvimos cuidado de sujetar las mulas á los palos de la tienda y de encender un gran fuego para combatir el frío.

Sin embargo, no teníamos leña, y en tanto que yo preparaba la comida, Tillier cogió el hacha y fué á partirla en los árboles de un bosquecillo cercano.

Diez minutos despues, á la pálida claridad de la luna le vi regresar á la tienda; no traía leña alguna, andaba hácia atrás y parecía que buscaba con la mirada entre las tinieblas de la noche un objeto que le causase gran preocupacion.

—¡Eh!—le grité,—¿qué es eso? ¿qué hay por ahí?

—Hay,—respondió acercándose,—que esta vez los lobos nos han olido y nos rodean por todas partes.

—¿De veras?

—Como lo oís; acabo de ver uno.

—¿Un lobo?

—Sí; bajaba de la montaña, nos hemos visto al mismo tiempo y los dos nos detuvimos en seguida.

—¿Y dónde le habeis visto?

—A cien pasos de aquí, poco menos, hacía el bosquecillo. Como no me dejaba pasar ni daba señal de moverse, temí que aquello durase tanto tiempo que pudiérais inquietaros, y resolví volverme.

—¿Y el lobo?

—No viéndome ya, habrá continuado su camino.

—Tomemos los fusiles y hagamos un reconocimiento por aquí cerca.

XIV.

Cogimos las armas, que desde la noche anterior estaban cargadas con bala, y nos separamos de la tienda dirigiéndonos al bosquecillo.

Tillier iba delante, con el fusil preparado, y yo le seguía.

A unos treinta pasos del río Tillier se detuvo, y recomendándome silencio, me mostró el lobo, que estaba en la orilla de uno de los pequeños arroyuelos que atravesaban la llanura para verter luego sus aguas en el Murfis.

No era posible dudar: los dos ojos del animal, fijos sobre nosotros, brillaban en la oscuridad como carbones encendidos.

Nuestros fusiles se alzaron á un tiempo, como impulsados por la misma mano, y los dos disparos no formaron más que una detonación.

El lobo cayó de cabeza y rodó hasta el arroyo.

Los dos tiros, reunidos en uno solo, tuvieron en las montañas un eco formidable.

Recogimos el lobo: estaba muerto. Una de las balas le habia dado en el pecho; la otra en la garganta.

Le arrastramos hasta la tienda y allí le dejamos.

La noche fué horrible: los lobos pasaban y repasaban en bandadas cerca de nosotros; las mulas se agitaban y coceaban, intentando escaparse, medio locas de terror.

El fuego que manteníamos encendido los tenia alejados; pero sin embargo, no pudimos dormir un solo momento.

CAPITULO V.

Los americanos.

Era imposible que permaneciésemos en aquel lugar.

Los lobos, detenidos una noche por el resplandor de la hoguera, podían volver en la siguiente, envalentonarse, atacarnos y devorar las mulas, cuando no intentasen hacerlo también con nosotros.

No era este ciertamente el objeto que nos había llevado á California.

Así, pues, á la mañana siguiente continuamos descendiendo por la margen del río, haciendo altos en los sitios que nos parecían á propósito para abrir escavaciones.

Recogimos algun oro, pero muy poco: menos de un franco por cada lavadura.

CAPITULO V.
II.

Decididamente ningun filon valia tanto como el que habíamos abandonado, y á pesar de la mala vecindad de los lobos, dándonos valor la luz del dia, ya nos decidíamos á regresar, cuando de repente distinguimos un formidable oso negro que bajaba tranquila y lentamente por la montaña.

La tentacion era grande y de buena gana hubiéramos tirado sobre él; pero nos detuvo una tradicion muy acreditada en California.

Aseguran los indios que un oso herido reúne á todos sus compañeros de la montaña, y que juntos vuelven sobre el cazador, que muere inevitablemente en sus garras.

Esto es, como se comprende, lo más absurdo del mundo; pero ni Tillier ni yo estábamos aún bastante acostumbrados á aquella vida agreste y solitaria, y el poco conocimien-

to de aquel país nuevo nos hacia un poco tímidos.

La presencia de la terrible fiera nos hizo comprender que era peligrosa la permanencia en aquellos lugares y resolvimos volver directamente al Paso del Pino y reanudar allí nuestro trabajo.

Por consecuencia, plegamos nuestra tienda, cargamos las mulas, nos orientamos y nos pusimos en camino.

III.

En la mañana siguiente tuvimos la fortuna de encontrar, en un pliegue del terreno, un bellissimo corzo, que saltaba entre los arbustos.

Le hicimos fuego al mismo tiempo, y cayó herido por las dos balas.

Esto era, á la vez, una economía y una especulacion.

Partimos el corzo por la mitad, le pusimos sobre las cargas de las mulas, y una vez en

el Paso del Pino, vendimos una de las mitades por veinticinco piastras.

De regreso á nuestro punto de partida, vimos que la escavacion por nosotros empezada habia sido continuada por otros, y abandonada despues por falta de herramientas.

Todos los mineros encontraban oro; pero solo los que estaban asociados en gran número podian alcanzar buenos productos.

Y por desgracia las asociaciones, ó por mejor decir, los deberes que toda asociacion impone á unos asociados respecto de los otros, son antipáticos al carácter francés, en tanto que, por el contrario, los americanos parecen destinados á la asociacion.

IV.

Allí tuve ocasion de ver un ejemplo de la insaciable rapacidad de los médicos. Sucedió que, habiendo caido enfermo un minero americano, hizo llamar un doctor, americano tambien, el cual le visitó tres veces y le propor-

cionó una poción de quinina. Cuando se llegó á tratar de los honorarios, el médico reclamó una onza de oro por cada visita y dos onzas por el medicamento: total, cinco onzas, ó lo que es lo mismo, cuatrocientos ochenta francos.

Todos los médicos obraban en California de una manera igual, y así era que los enfermos querian mejor dejarse morir que ponerse en sus manos.

V.

En el Paso del Pino habia entonces ciento treinta trabajadores próximamente.

Entre ellos, treinta y tres franceses de París y de Burdeos se habian reunido, y un poco más arriba de su campo habian cambiado el curso del rio.

En este trabajo habian empleado cuatro meses, en cuyo tiempo consumieron sus provisiones y agotaron su dinero.

Peró en el momento en que iban á recoger

el fruto de sus tareas y de sus sacrificios, ciento veinte americanos, que no esperaban más que esta ocasion, se presentaron á ellos y les declararon que el territorio del Paso del Pino les pertenecia, que el rio era un curso de agua americana, y que por consecuencia nadie, á excepcion de los americanos, tenia el derecho de hacerle variar de cáuce. Hubo algunas contestaciones, y los invasores acabaron por intimar á los mineros franceses que abandonasen el valle, ó que, de lo contrario, como eran en mucho mayor número y estaban perfectamente armados, ni un solo francés saldria vivo del territorio.

Mis compatriotas estaban en su perfecto derecho; pero el alcalde era americano, y naturalmente, dió la razon á sus paisanos.

Los franceses se vieron, pues, obligados á ceder. Unos se retiraron á San Francisco, otros á Sonora, algunos á Murfis, y el resto, en fin, permaneció en el valle, haciendo nuevas escavaciones.

Por lo demás, aquel robo, que así se le

puede llamar, no aprovechó á los americanos, á pesar de su miserable astucia.

VI.

El rumor de esta depredacion se habia extendido por las cercanías; todos los franceses establecidos en aquella comarca acudieron al valle en un dia dado, permanecieron ocultos en la montaña, y durante la noche cegaron el nuevo cáuce y volvieron el rio á su curso natural.

Al amanecer el dia siguiente, los americanos encontraron el Paso del Pino corriendo por su lecho primitivo.

Nadie, por consecuencia, pudo aprovecharse de un trabajo de cuatro meses que hubiera podido producir millones.

En cuanto á nosotros, viendo que nada absolutamente podiamos hacer en el Paso del Pino, nos dirigimos al campo de Sonora, donde el alcalde, la primera vez que habiamos estado, nos habia señalado un terreno.

VII.

He dicho ya que la distancia entre el Paso del Pino y la Sonora era de tres ó cuatro leguas.

Llegamos á las once de la noche, plantamos la tienda en el mismo lugar que ocupára anteriormente, y dispusimos nuestra comida, que por cierto no habia variado ni una sola vez, y que, aparte de las extraordinarios de caza, se componia siempre de jamon y judias.

Al dia siguiente nos pusimos á trábajar en una cañada llamada el Creusot.

Esta cañada estaba abierta en una especie de arcilla ó greda, mezclada de esquitas pizarrosas muy blandas, que se presentaban en hojas delgadas, disolviéndose fácilmente en el agua.

Allí trabajamos casi sin descansar, durante toda la semana, desde el amanecer del lunes hasta la nochecer del sábado.

Habíamos ganado una cantidad equivalente á ochenta francos por dia, ó lo que es lo mismo cuatrocientos ochenta francos en la semana. Esto era precisamente lo que gastábamos; pero nuestras provisiones estaban casi agotadas.

VIII.

El domingo, dia dedicado al reposo, todo el mundo dejaba de trabajar en las minas, y nosotros resolvimos consagrar á la caza este dia de asueto.

Por desdicha, la caza comenzaba á desaparecer, retirándose á la montaña.

Pudimos, sin embargo, matar dos ó tres faisanes y algunas de aquellas sabrosas perdices moñudas, de que hablé en otra ocasion.

Al caer la tarde nos retiramos á la tienda, entristecidos al ver que empezaba á faltar la caza.

A nuestro regreso recogimos un pobre cocinero francés, que habia desertado de un

buque ballenero, figurándose, sin duda, que no era necesario más que besar la tierra para hacer fortuna en California. Empezamos, pues, á desengañarle, haciéndole ver las cosas tal como eran.

El hombre llevaba su manta que era todo lo que poseía.

Durante algunos días se aprovechó de nuestros víveres y de nuestra tienda, pero en esto no había, por nuestra parte, tanta generosidad como pudiera creerse á primera vista.

El tal cocinero hablaba perfectamente el español y juzgamos que podía sernos muy útil.

Transcurridos algunos días de prueba vimos que su carácter nos convenia y le recibimos en nuestra sociedad.

IX.

Además de sus funciones de intérprete nos prestaba otros servicios sumamente importantes.

Nos hacia el pan.

Este pan lo amasaba en la batea, pero no llevaba levadura alguna; luego extendia sobre la tierra un lecho de áscuas, y sobre ella ponía la masa, cubriéndola con una capa de ceniza caliente, como se hace para asar las patatas: cocido el pan, se le sacudia para hacer caer la ceniza.

Era en verdad un pan demasiado grosero y sumamente indigesto, pero tambien muy económico: así comíamos menos, lo que era una ventaja, porque en los plácemes el precio de la harina no bajaba de dos y medio ó tres francos la libra.

X.

En la mañana del lunes decidimos abrir otra escavacion. Ganamos, en consecuencia, la orilla del arroyo de Yaqui, cercano á la antigua mina, y allí encontramos unos seiscientos trabajadores establecidos antes que nosotros.

Empezamos el trabajo, y hasta una profundidad de cuatro piés no encontramos más que una tierra gris que más bien presentaba los caracteres de un producto volcánico que la apariencia de la tierra propiamente dicha. Sabíamos que aquella tierra era completamente estéril, y por consecuencia, no nos tomamos el trabajo de someterla al lavado.

Después de la tierra gris apareció la rojiza y empezó la operación.

Habíamos ya recogido una cantidad de oro que valía ocho piastras, cuando Tillier encontró un lingote que podría pesar cuatro onzas.

De un solo golpe recogíamos el valor de trescientos ochenta francos.

En señal de regocijo y para celebrar aquel feliz hallazgo, nos bebimos una botella de Budeos-San Julian que nos costó cinco piastras.

Sucedió esto el 24 de mayo.

Este encuentro nos devolvió el primitivo ardor, la antigua animación, y nos pusimos á

cavar con creciente afán, con una ansiedad febril, recogiendo los tres asociados en igual número de días, una cantidad de oro equivalente á dos mil cuatrocientos francos.

XI.

En la mañana del 27, cuando íbamos á trabajar, vimos fijada sobre los árboles una circular del gobierno.

Decía esta circular que á partir de aquel día, 27 de mayo, ningun extranjero podría explotar los pláceres sino pagando al gobierno americano un impuesto de veinte piastras por cada hombre que trabajase en las minas.

Nuestra sociedad tenía, por consecuencia, que pagar sesenta piastras, y esto de ninguna manera nos convenía.

Cerca de las diez, estando reunidos los mineros para tratar del asunto y tomar una resolución, apareció una tropa de americanos armados que entraba en el campo para percibir el impuesto.

Por unanimidad rehusamos pagarle.

Esta fué la señal de la guerra.

XII.

El número de franceses allí reunidos apenas llegaba á ciento treinta, pero todos los mejicanos de las minas se reunieron á nosotros, diciendo que ellos eran tan propietarios del suelo como los americanos.

Eran cuatro mil ó poco más, lo que, tratándose de otros hombres, hubiera sido una fuerza invencible, atendiendo á que los americanos no eran más que dos mil quinientos ó tres mil hombres.

Propusiéronnos formar un ejército y organizar una resistencia formal, ofreciendo á los franceses los primeros grados en aquella nueva tropa.

Por desgracia, ó más bien, por fortuna, conocíamos perfectamente á aquellos hombres: á la primera lucha un poco sería, habrían hui-

do cobardemente y todo el peso hubiera caído sobre nosotros.

Por consecuencia, rehusamos.

XIII.

A partir de aquel momento no hubo en los plácemes la menor seguridad.

Todos los días se oía hablar, no de una muerte, sino de cuatro ó cinco, cometidas, ya por los americanos, ya por los mejicanos.

Tan solo la manera de procederera distinta.

Los americanos se acercaban al borde de la excavacion, y sin decir una palabra tendian al minero de un pistoletazo.

El lavador volaba en auxilio de su compañero, y se le tendia de un tiro de fusil.

El mejicano, por el contrario, se aproximaba á su enemigo en son de amistad, le saludaba, pediale noticias de la mina, se informaba de si era ó no productiva, y de pronto, cuando le veia más descuidado, le partia el corazon de un navajazo.

Dos de nuestros compatriotas fueron asesinados por los americanos.

Dos mejicanos quisieron atacarnos, pero el negocio se volvió en contra suya y murieron á nuestras manos.

Despues, viendo que los americanos no cedian y que los asesinatos se multiplicaban, enviamos mensajeros á Murfis, á James-town, á Jackson-ville, llamando á los franceses en nuestro socorro.

XIV.

A la mañana siguiente, trescientos cincuenta compatriotas, perfectamente armados y equipados, se aproximaron al valle.

Los americanos, por su parte, habian hecho un llamamiento á los suyos, consiguiendo que se les reuniese un centenar de hombres llegados de los pláceres inmediatos.

Hacia las ocho de la noche, nuestros compatriotas reciénllegados nos hicieron prevenir su aproximacion; habian establecido su

campo entre dos montañas, desde donde se dominaba el camino, y abandonando el trabajo, cogimos las armas y marchamos á reunirnos con ellos.

Algunos americanos, avergonzados tal vez del innoble proceder de sus compatriotas se habian unido á nosotros, y tambien nos seguian doscientos mejicanos. El resto de la gente, comprendiendo que se iba á entablar un combate, habia desaparecido.

XV.

Tomamos posiciones, coronando las laderas de dos montañas que dominaban el camino, y los trescientos cincuenta reciénllegados permanecieron á caballo en el mismo paso.

Eramos setecientos hombres ó poco más y teníamos una posicion magnífica: podíamos interceptar indefinidamente las comunicaciones con Stockton.

Muchos americanos y gentes de otros países fueron detenidos.



La noche se pasó en vela, y apenas amaneció vimos que se aproximaba un destacamento de ciento cincuenta enemigos.

Nos ocultamos entre las yerbas y detrás de los árboles; solo algunos hombres permanecieron visibles detrás de las barricadas levantadas en el camino.

Los americanos, creyéndose en número suficiente para desalojarnos, empezaron el ataque.

Entonces se dió la voz de *fuego*; las dos montañas se inflamaron instantáneamente y veinte americanos cayeron muertos ó heridos.

El resto emprendió la fuga, perdiéndose en la llanura ó escondiéndose en los bosques.

Los fugitivos regresaron á Sonora.

XVI.

A la mañana siguiente los vimos reaparecer con el alcalde á la cabeza y una bandera de parlamento.

Habian dado cuenta de lo que sucedia al gobernador y esperaban su respuesta.

Por consecuencia, se convino en una tregua.

Durante ella, cada cual era libre de volver á su trabajo.

La respuesta del gobernador no tardó en llegar, confirmando el impuesto y dando al alcalde derecho de vida y muerte sobre los extranjeros.

Ya no había medio de permanecer más tiempo en Sonora. Vendimos, pues, nuestros utensilios, compramos algunos víveres y nos dirigimos á Stockton.

Desde allí pensábamos regresar á San Francisco. ¿Qué haríamos despues? No lo sabíamos.

XVII.

En Stockton vendimos las mulas por doscientas piastras, y tomamos pasaje en un falucho que iba á San Francisco.

El viaje de regreso fué mucho más rápido que el de ida.

Las orillas del San Joaquin estaban cubier-

tas de cañaverales, en los que vivian mezcladas y en innumerable cantidad, focas y tortugas.

Estos cañaverales se unian á bosques espesos, habitados por abundante caza y en los que, segun mis noticias, se cogian fuertisimas calenturas.

Más allá de los bosques se extendian magnificas praderas, en las cuales pastaban innumerables rebaños.

En algunos puntos la pradera ardia.

¿Se habia prendido el fuego por accidente, á todo propósito, ó se habia inflamado la yerba bajo la accion del ardiente calor del sol?

Nuestros conductores no lo sabian.

XVIII.

El viaje duró tres dias; pero llegados á la desembocadura del rio, encontramos una gran dificultad para entrar en la bahía: habia marejada, teníamos el viento de proa, y nos era casi imposible vencer este nuevo obstáculo.

Al fin pudimos salir del rio, y el jueves 22 de junio, á las nueve de la mañana, entramos en San Francisco, encontrando nuevos barrios enteramente cubiertos de edificios.

Barrios y edificios habian sido construidos en nuestra ausencia, que, sin embargo, no habia durado más que cuatro meses.

Estábamos rendidos de fatiga, y tanto Tillier como yo resolvimos consagrar tres ó cuatro dias al descanso, antes de elegir una nueva ocupacion.

Nuestro camarada el cocinero habia quedado en las minas.

Al fin quisimos salir del río, y el jueves 23 de junio, a las nueve de la mañana, entramos en San Francisco, encontrando nuevos par-

CAPITULO VI.

Barrios y edificios habían sido destruidos en nuestra ausencia que sin embargo, no había durado más que cuatro meses.

El fuego en San Francisco.

Estábamos tendidos de largo, y tanto Tiller como yo resolvimos consagrar tres ó cuatro días al descanso, antes de elegir un

Al decir que pensábamos consagrar tres ó cuatro días al descanso, había echado, como se dice vulgarmente, las cuentas sin la huésped, pues como el estado de nuestra hacienda se oponía á que fuésemos á vivir en un hotel, tuvimos inmediatamente que ocuparnos en construir una nueva tienda con los lienzos de la vieja.

Excusado es decir que fuimos á establecer nuestro domicilio en el campo francés. El campo francés, como lo indica su nombre, era el primer asilo de nuestros compatriotas recién llegados, solamente que, desde nuestra

partida, se habian levantado en medio de las tiendas primitivas unas cuantas casas de madera.

II.

Al partir para las minas habíamos dejado nuestros equipajes depositados en casa de un viejo aleman que, sin fuerzas ya para dedicarse á un trabajo activo, se habia creado aquel oficio especial de guardador de los efectos de los trabajadores.

Y no era por cierto una profesion improductiva la que habia inventado: habíase hecho construir una especie de almacen, y en él guardaba las maletas y cofres pequeños mediante dos piastras y los grandes por cuatro.

Esta industria le producía de mil quinientos á mil ochocientos francos mensuales.

III.

Una vez levantada la tienda, habíamos arreglado nuestros equipajes, cuando supimos que había fuego en la ciudad.

Los fuegos son cosa muy común en San Francisco, pues siendo los edificios de madera, se incendian con la mayor facilidad.

Además, todo habitante de California cuya casa se quema, tiene pagadas todas sus deudas.

El fuego de que entonces se trataba era un incendio de primer orden, pues comprendía las calles de Clary y del Sacramento, es decir, el barrio de los comerciantes en vinos y licores y de los almacenistas de madera.

Alimentado por un fresco viento del Norte, el fuego crecía rápidamente y nos ofrecía, desde la altura en que le mirábamos desarrollarse, un magnífico espectáculo. Tenía buen combustible: alcohol y madera; el fuego más exigente no podía pedir más.

Así era que, cada nuevo depósito de ron, de aguardiente ó de espíritu de vino que el incendio alcanzaba, redoblaba su intensidad al mismo tiempo que le hacia variar de color. Hubiérase dicho que era una magnífica iluminación de fuegos de bengala, rojos, amarillos y azules.

IV.

Es de notar una costumbre que tienen los americanos en los incendios: redúcese á arrojar algunos barriles de pólvora en medio del fuego bajo el pretesto de que viniéndose abajo la casa, el incendio se acabará. La casa se arruina, en efecto; pero casi siempre los fragmentos inflamados vuelan al otro lado de la calle y caen sobre las casas vecinas, que, edificadas de madera y calentadas por la proximidad del incendio, se inflaman como fósforos.

En el día, para mayor comodidad, se ha construido un embaldosado de madera, de

suerte que, cuando se inicia un incendio, no hay razon para que se detenga, mucho más si se tiene en cuenta que, con una inteligencia notable, los incendios empiezan siempre en las horas de baja mar, y como el agua escasea en la ciudad, nó habiendo ni la necesaria para beber, tampoco se le puede atacar con armas poderosas.

Pero, si el agua falta, hay, en cambio, para satisfaccion de los que se queman, un cuerpo de bomberos perfectamente organizado, que á la primera señal de fuego se precipita con sus magníficas bombas en el teatro del incendio. Es verdad que las bombas están vacías, y sin agua no sirven para nada; pero siempre ocupan un lugar.

V.

No me atreveré á decir que estos incendios sean producidos intencionalmente; pero hay en San Francisco tantas gentes interesadas en que la ciudad se queme, que bien pudiera con-

cebirse alguna sospecha respecto á este punto.

El incendio de hoy, por ejemplo, arruinaba á unos, pero enriquecía á los mercaderes de vinos y á los almacenistas de madera del cuartel opuesto, sin contar á los armadores, propietarios y consignatarios de los buques que esperaban en el puerto para descargar sus pacotillas de mercancías análogas á las que se quemaban.

El día del incendio, por ejemplo, el vino comun habia subido de cien francos la medida á cerca de ochocientos, y esto, como se vé, era una buena ganancia.

VI.

De pronto nos acordamos de que dos de nuestros amigos, Gauthier y Mirandola, habitaban una de las casas del barrio que se quemaba, donde habian establecido una oficina de consignacion. Corrimos en su busca y los encontramos mudandose de domicilio.

Una mudanza, en estos casos, es casi peor que el incendio. Por de pronto, los conductores de carros, por trasportar los muebles ó las mercancías desde la ciudad á la montaña, exigen cien francos por cada viaje.

Dije en otra ocasion que los enfermos prefieren morirse antes que llamar al médico; ahora puedo añadir que las gentes amenazadas de un incendio quieren mejor que se quemase cuanto haya en su casa más bien que hacer buscar los carros de mudanza.

Es imposible figurarse el ruido que los americanos hacen en un incendio; van, vienen, corren, se agitan, entran en las casas, y sobre todo, gritan hasta el punto de ensordecer á quien los escucha.

VII.

En medio de las casas que se quemaban habia un edificio de hierro cuyas piezas habian sido traídas de Inglaterra y que se acababa de construir. Se creia que, por la cali-

dad de la materia que le componia, el incendio nada podria contra él, y cada cual, por consecuencia, se afanaba por poner á salvo tras de sus paredes sus objetos más preciosos.

Sin embargo, el fuego es un enemigo invencible. Alcanza, al fin, el férreo edificio, le envuelve en sus candentes pliegues, le cubre de llamas, y el hierro empieza á enrojecerse, se tuerce, se rompe, ni más ni menos que las maderas de las casas vecinas, y de toda la casa no queda al fin más que una jaula informe, torcida, agujereada, en la cual era imposible reconocer el antiguo edificio.

El incendio, empujado por el viento, iba de Norte á Sur, y no se detuvo hasta llegar á la calle de California, que no pudo salvar á causa de su anchura.

Habia durado desde las siete hasta las once, destruyendo seis casas y causando pérdidas incalculables. Los más fuertes comerciantes de vino y los principales almacenistas de madera estaban arruinados.

VIII.

Creimos en un principio que este desastre produciria una recrudescencia de trabajo y que nos podríamos ocupar en las obras de reparacion, pero nos engañamos. Los negociantes arruinados eran casi todos americanos y solo emplearon á sus compatriotas.

Habiendo buscado inútilmente trabajo por todas partes sin poderlo encontrar, Tillier y yo resolvimos seguir el ejemplo de uno de nuestros compatriotas, el conde de Pingret, que se habia dedicado á la caza, y que, gracias á su destreza, hacia muy buenos negocios.

Con mucha frecuencia nos habia animado á tomar esta resolucion un viejo americano de San Francisco, antiguo cazador de búfalos y osos, llamado Aluna, y le hicimos partícipe de nuestros proyectos, invitándole á formar parte de nuestra sociedad.

Recibió la proposicion con una alegría

extremada, y desde el primer momento quiso escoger para teatro de nuestras cacerías los montes de la Mariposa y el valle de los Tularres, pasajes abundantes en osos y búfalos; pero nos pareció que esto era demasiado para cazadores novicios y le hicimos presente que valia más empezar por animales menos terribles, como los ciervos, los antílopes, las liebres, los conejos y la volatería.

Aluna defendió el terreno palmo á palmo; pero como, al fin y al cabo, nosotros éramos los dueños de los fondos y nada podia hacer sin nuestra compañía, no tuvo más remedio que unirse á nuestra opinion.

Se convino, pues, en que nuestros primeros ensayos tendrian por teatro las altiplanicies que se extienden desde Sonoma hasta Laguna y desde la antigua colonia rusa hasta el Sacramento.

IX.

Los objetos de primera necesidad para la carrera que íbamos á abrazar eran buenas ar-

mas; pero afortunadamente, tanto mi compañero como yo teníamos excelentes fusiles, que nos habian servido muy bien en nuestras carcerías de Sierra Nevada y del Paso del Pino.

Despues de los fusiles, era indispensable una barca para hacer dos veces por semana el trayecto de ida y vuelta entre Sonoma y San Francisco.

Yo fui el encargado de arreglar esta dificultad y compré en el puerto una barca de las llamadas *balleneras* que podia andar perfectamente á la vela y al remo y que me costó trescientas piastras.

Despues compramos víveres para una semana y los trasportamos á la barca con una buena cantidad de pólvora y plomo.

¡Y cosa extraña! La pólvora no estaba cara; costaba exactamente lo mismo que en Francia, es decir, á cuatro francos la libra.

En cuanto al plomo, no estaba tan barato, y nos costó á tres francos.

Aluna poseía un viejo caballo, bastante fuerte todavía para servirnos en nuestras

correrías como bestia de silla ó de transporte, segun fuere necesario. Esto nos economizaba un gran gasto, y aceptamos con gratitud el ofrecimiento de su caballo que nos hizo el viejo cazador.

La tienda que poco tiempo antes habíamos confeccionado hubiera sido suficiente para abrigarnos en el invierno; pero estábamos en pleno verano, y por consecuencia, no necesitábamos otra cosa.

X.

El 26 de junio de 1850, despues de haber depositado nuestros equipajes en el almacén del alemán por el mismo precio que la vez primera, nos dispusimos á marchar.

En mi calidad de marino tuve que encargarme de conducir la barca, y me embarqué en ella con Tillier.

Aluna, con su caballo, que habria hecho zozobrar la ballenera si en ella hubiese entrado, se metieron en uno de esos barcos cha-

tos que trasportan los viajeros á las minas. Saltarian á tierra en cualquier punto de la costa, y desde allí, ginete y cabalgadura se dirigirian á Sonoma, donde los que primero llegasen esperarían á los demás.

Nosotros llegamos antes, pero apenas tuvimos tiempo de enorgullecernos de esta prioridad. No habíamos hecho más que embarrancar la lancha sobre la arena, cuando vimos á Aluna que, con su sombrero de anchas alas, su pantalon abierto, su chaqueta redonda, su poncho flotando al aire y el fusil en la mano, llegaba á todo galope de su caballo.

XI.

Teníamos algún temor de dejar nuestra barca abandonada sobre la ribera; pero Aluna nos aseguró que nadie absolutamente se atrevería á tocarla, y como hacia veinte años que estaba en el país, y tenía un perfecto conocimiento de sus costumbres, sus seguridades nos tranquilizaron.

Dejamos, pues, la barca encomendada á la guardia de Dios, cargamos sobre el caballo la tienda, los viveres y las municiones, tomamos las armas y penetramos inmediatamente en la pradera, marchando de Sur á Norte.

XII.

He dicho ya, á propósito del establecimiento del capitán Sutter, algunas palabras acerca de la fecundidad del suelo californiano.

Esta fecundidad asombrosa no se nos dió á conocer por completo hasta que penetramos en las llanuras que se extienden desde Sonoma á Santa Rosa.

Con frecuencia la yerba, por medio de la cual teníamos que abrirnos un camino, se elevaba hasta la altura de nueve ó diez piés.

En las orillas del Murfís habíamos visto pinos tan altos y gruesos, que nadie en Francia podría formarse una idea de ellos. Elevábanse á doscientos piés ó más, y tenían ge-

neralmente de doce á catorce piés de diámetro.

Esto nada tiene de extraño para quien sepa que en 1842 existia al Norte de la bahía de San Francisco un pino gigantesco que, segun el sábio naturalista M. de Mofras, quien le midió en aquella época, tenia quinientos piés de elevacion y sesenta de circunferencia.

La especulacion, que nada respeta, ha derribado este gigante de las florestas californianas; pero es sensible que la ciencia no hubiera asistido, por lo menos, á esta destruccion, á fin de hacer constar por los círculos concéntricos, cada uno de los cuales es el resultado del crecimiento de un año, cual era la edad de aquel coloso.

Adamson ha visto derribar en el Senegal un baobal que tenia, segun sus medidas, veinticinco piés de diámetro, y segun su cálculo, seis mil años de edad.

XIII.

El suelo de California, sin más labores agrícolas que las empleadas por los labradores de Virgilio, da unos productos verdaderamente asombrosos.

En 1849 los religiosos de la misión de San José sembraron en un terreno de su propiedad diez fanegas de trigo.

En 1850 recogieron mil cien fanegas, es decir, ciento diez por uno.

Al año siguiente no se tomaron el trabajo de sembrar, y la tierra, abandonada á sí misma, produjo todavía seiscientas fanegas.

En Francia, en los terrenos medianos el trigo da el dos ó tres por uno, en las tierras buenas el ocho ó diez, y en las de primer orden el quince ó diez y seis.

Diez y ocho meses bastan en California para el crecimiento de un bananero; al cabo de este tiempo da los frutos y muere, pero un racimo de bananas se compone de ciento se-

venta ó ciento ochenta frutos y pesa de treinta á cuarenta kilogramos.

M. Bortard ha calculado que un terreno de cien metros cuadrados, plantado de bananeros puestos á dos ó tres metros de distancia los unos de los otros, puede producir dos mil kilogramos de frutos.

La misma extension de tierra en los mejores terrenos de la Beauce, no produce más que diez kilogramos de trigo ó de patatas.

Hace algun tiempo que se cultiva la viña en California, obteniéndose maravillosos resultados. La uva que desde Monterey se envia á San Francisco puede disputar la superioridad á la mejor de Fontainebleau.

XIV.

Del mismo modo que en las selvas y en las montañas abunda la caza, los rios están llenos de truchas y de salmones.

En ciertas épocas del año, las costas y las bahías, la bahía de Monterey, sobre todo, presentan un espectáculo singular.

Millones de sardinias, perseguidas por las ballenas francas, vienen á buscar un refugio contra sus enemigos en las aguas poco profundas; pero allí las esperan innumerables aves marinas, desde la fragata hasta el pufino. El mar parece una vasta colmena; el aire se llena de alas y de gritos, y en tanto, allá lejos, semejantes á montañas flotantes, se agitan las ballenas, que despues de haber enviado las sardinias á las aves del mar, esperan que las aves se las devuelvan.

XV.

En California el año se divide tan solo en dos estaciones: la estacion seca y la de las lluvias.

La primera comprende desde abril hasta setiembre; la segunda desde octubre á marzo.

En invierno hay pocos dias frios, porque los vientos del Sudeste, que soplan casi continuamente, endulzan la temperatura.

Lo mismo sucede en la estacion de los ca-

lores; los vientos del Noroeste refrescan agradablemente la atmósfera.

Quando llega la estación de las aguas, llueve todos los días; solamente que las lluvias van creciendo desde octubre á enero, y menguan desde enero á marzo.

Por lo general, llueve siempre desde las dos hasta las seis de la tarde.

XVI.

Estábamos en el mes de julio, es decir, en la época más hermosa del año, y el calor variaba de 23° á 33° centígrados.

Desde las once hasta las dos este calor hacía la marcha sumamente trabajosa y tuvimos que cobijarnos bajo la fresca sombra de los árboles.

En cambio, las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde eran verdaderamente deliciosas.

XVII.

Desde que entramos en la pradera, Tillier y yo nos pusimos á cazar y matamos algunas perdices, dos ó tres liebres y varias ardillas, que reservamos para nuestro consumo.

Aluna nos dejaba hacer y no disparaba un tiro: era evidente que se reservaba para una caza de más importancia.

El viejo cazador tenía una carabina inglesa de un solo cañon, que calzaba balas del calibre de veinticuatro en libra y que habia hecho largos servicios en sus manos. Era un antiguo fusil de chispa que habia sido transformado al sistema de piston desde que se introdujo esta reforma en las armas, y la grosería de este trabajo suplementario contrastaba con la forma del resto del arma.

CAPITULO VII.

La caza.

I.

Viendo que Aluna no daba señales de querer disparar su carabina, nos preguntábamos mentalmente si, á pesar de habérnoslo presentado como un cazador de primer orden, no nos sería útil de otra manera que por los servicios de su caballo, cuando de pronto le vimos detenerse y hacernos señales de permanecer inmóviles.

Repetí estas señales á Tillier, que estaba á pocos pasos de mí, y nos detuvimos.

Aluna se llevó el dedo á los labios para recomendarnos el silencio, y luego tendió el brazo indicando una colina que se elevaba á nuestra derecha.

No nos fué posible, por más esfuerzos que hicimos, distinguir lo que nos mostraba; nada veíamos más que las moscas revoloteando bajo el follaje, y algunas ardillas grises, que saltaban de un árbol á otro.

II.

III.

Aluna nos previno con un gesto que nos agacháramos entre la yerba, y luego condujo con grandes precauciones el caballo á un bosquecillo de encinas, cuya espesura le ocultaba enteramente.

Después, desembarazándose de su poncho y de su sombrero, empezó á dar la vuelta para ganar el viento al animal que intentaba sorprender.

Nosotros permanecimos inmóviles, con los ojos fijos sobre el lugar que nos había indicado, y que era una parte de la montaña, cubierta de malezas y de abrojos, presentando á la vista el aspecto de un tallar.

Aluna había desaparecido entre la yerba,

y aunque miráramos atentamente en la dirección que seguía, ni oíamos el más leve rumor, ni veíamos que agitase la maleza. Una serpiente ó un zorro no se hubieran deslizado más silenciosamente que lo hacía el cazador.

II

III.

De repente vimos aparecer entre el tallar un objeto que podría confundirse con una rama seca; otra rama igual apareció al lado de la primera, y algunos movimientos especiales nos hicieron reconocer la cornamenta de un ciervo.

El animal á que pertenecía debía ser enorme, pues en su extremidad, aquellas ramosas astas tenían metro y medio de separación.

Sin duda un primer sentimiento de inquietud le había hecho levantar; tal vez un soplo de la brisa que acababa de pasar sobre nosotros, le había anunciado la proximidad de un peligro.

Nos agachamos entre la yerba y permanecimos inmóviles para no hacer el más pequeño ruido. El ciervo, por otra parte, estaba fuera de tiro, y no veíamos más que su cabeza.

Tampoco era posible que él nos viese; pero en cambio, era indudable que nos había oído, porque tendió el cuello hácia nosotros, alzando el hocico al viento, y sus orejas se inclinaron para mejor percibir los sonidos.

Al mismo tiempo se dejó oír una detonación; el animal dió un enorme salto y cayó á plomo.

Corrimos á él; pero estábamos á una distancia de ochocientos pasos, y cuando llegamos al tallar donde había caído, estaba ya muerto.

En su caída había roto un tierno bananero, cuyo follaje estaba tinto en sangre.

Era el primer ciervo que veíamos de cerca, y no pudimos menos de contemplarle con admiración. Su talla era tan grande como la de un caballo, y su peso pasaria de cuatrocientas libras.

Buscamos la herida; la bala, cuyo agujero era apenas visible, habia entrado por la parte posterior del brazuelo, atravesando el corazon del animal.

IV.

Eran las cinco de la tarde próximamente y el lugar era magnífico para pasar la noche. Un fresco arroyuelo corria á poca distancia del sitio en que habia caido el ciervo. Tillier fué á buscar el caballo y le dejó en libertad de pacer la yerba de la montaña.

Con gran trabajo, á causa de su enorme peso, arrastamos el ciervo hasta la margen del arroyo, donde le colgamos por los piés de las ramas de un roble cuyo follaje era tan espeso que, bajo él, la tierra estaba casi mojada.

Aluna reunió las liebres, ardillas y perdices que habíamos muerto, y las colgó junto al ciervo, separando lo que necesitábamos para comer. Tratábase de conservar toda

aquella caza, que nos era ya inútil hasta que pudiéramos ir á venderla.

Acto continuo armamos la tienda, encendimos la lumbre y empezamos á preparar la comida.

Aluna era el encargado de este trabajo.

El hígado del ciervo, condimentado con yerbas aromáticas y sazonado con un vaso de vino y unas gotas de aguardiente, era un excelente manjar que debía proporcionarnos una comida de primer orden.

Teníamos aún pan fresco, lo que nos permitió hacer una comida completa bajo todos sus aspectos, que comparamos ventajosamente á nuestros antiguos banquetes de las minas, compuestos de judías y de tortas de harina.

V.

Terminada la comida, Aluna nos invitó á dormir, no sin preguntarnos antes cual de nosotros habia de quedar en la tienda despues

de media noche, en tanto que el otro le acompañaba á la espera.

En efecto, era necesario que uno permaneciese allí para alejar á los zorros y lobos que acudiesen al olor de la caza.

De tal modo teníamos llena la imaginacion de la cacería de la tarde, que ni Tillier ni yo queríamos quedarnos y tuvimos que acudir á la suerte jugando la guarda á cara y cruz. Favorecióme la fortuna y Tillier tuvo que resignarse á quedar de centinela.

Arreglado el asunto, nos envolvimos en las mantas, entregándonos al sueño.

VI.

Pero este primer reposo no fué largo; apenas habíamos cerrado los ojos cuando fuimos despertados por los ahullidos de los lobos de la pradera.

Más de una vez habíamos escuchado estos ahullidos en nuestros anteriores campamentos, pero nunca en tanto número y de una manera tan furiosa.

El olor de la carne fresca los habia atraido, y era evidente que la precaucion indicada por Aluna de dejar un centinela para guardar la caza no tenia nada de inútil.

VII.

Despues de media noche, Aluna y yo partimos, subiendo la montaña contra el viento, á fin de que la caza que pudiera haber en las regiones superiores no se espantase oliendo nuestras emanaciones.

Pedí á Aluna algunas noticias respecto á la caza que allí pensaba encontrar; supe entonces que el ciervo que habia muerto por la tarde debia formar parte de una manada numerosa, y que, apostándonos en las márgenes del arroyo, era indudable que antes de las tres de la mañana habríamos trabado conocimiento con el resto de la banda.

Si se engañaba en sus esperanzas respecto á los compañeros del monte, la orilla del arroyo era, de todos modos, un buen lugar para toda clase de caza.

Aluna me señaló mi puesto en un háci-
namiento de rocas, y se ocultó cien pasos más
arriba.

Me agaché en mi apostadero, metí la ba-
queta en el cañon de la carabina, para asegu-
rarme de que estaba bien cargada, y viéndo-
lo todo en buen estado, esperé.

CAPITULO VIII.

La primera noche de caza.

I.

Hay una cosa que han podido notar los cazadores de espera, y es que la noche, considerada generalmente como un reposo general dado á la naturaleza, en que todos los seres vivientes se entregan al sueño y al descanso, es, sin embargo, bajo las latitudes cálidas sobre todo, tan animada como el día.

No obstante, esta animacion, esta vida no son las mismas. Ruidosa, espléndida, llena de alegría bajo la luz del sol, siéntesela de noche, por decirlo así, inquieta, misteriosa, llena de peligros para la porcion del reino animal que vive en las tinieblas.

El vuelo del gran duque, del mochuelo,

del vampiro, de todas las aves nocturnas, tiene un carácter misterioso é indefinible; el paso del lobo, de la zorra y de los pequeños animales carnívoros que animan la naturaleza durante la noche, es furtivo y parece lleno de precauciones, y el rugido del puma y el grito del aguara son lúgubres y siniestros, aunque estos seres parecen hallarse á todo su placer en medio de las tinieblas.

El hombre acostumbrado á la existencia de las ciudades, trasportado al interior de las grandes selvas no podría darse cuenta de todos esos rumores indefinibles de la noche, ó por lo menos, sería imposible comprender las causas que los producen. Pero el cazador, por la necesidad que tiene de conocerlos, llega á distinguir los unos de los otros, y poco á poco adquiere tal inteligencia, que sin ver el animal, conoce su existencia ó su aproximación solo por el leve rumor que produce sus pasos.

El vuelo del gruta águila, vive en las tinieblas.

Solo en mi apostadero, á pesar de que Tillier no estaba lejos bajo la tienda y que mucho más cerca se hallaba Aluna, empezaba á dominarme la sensacion incomprendible del aislamiento. En tanto que el hombre se apoya en el hombre; en tanto sabe que pueda dar y recibir socorro; en tanto hay dos ojos para mirar hácia adelante, dos ojos para mirar hácia atrás y cuatro brazos para la defensa comun, la naturaleza no parece al hombre tan imponente, tan terrible, tan hostil como cuando se encuentra reducido á su sola inteligencia para presentir el peligro, á sus ojos solos para verlo, á sus solas fuerzas para combatirlo.

Quando esta confianza en sí mismo desaparece, quando esta admiracion por su inteligencia y sus facultades disminuye, entonces llega hasta el punto de envidiar el instinto y la sagacidad de los animales y quisiera

poseer el oído de la liebre para escuchar, el ojo del lince para sondear las tinieblas y la ligereza del gamo para no ser detenido en su fuga.

Sin embargo, como el hombre es un animal esencialmente perfectible, poco á poco adquiere todas esas facultades hasta el grado que su naturaleza especial le permite, y á su vez, la noche, que nada tiene para él de misteriosa, conservando una parte de sus peligros, le da una salvaguardia contra ellos enseñándole los recursos de defensa.

Al cabo de quince días pasados en las praderas bajo la dirección de Aluna, y sobre todo bajo la inspiración de mis deseos y de mis esperanzas de cazador, había llegado á reconocer el rumor de la serpiente que se arrastra entre la yerba, de la ardilla que salta de rama en rama ó del corzo que atraviesa los senderos de la montaña para ir á beber al torrente.

esto le lleva hasta el punto de cambiar el hábito y la actividad de los animales y

Pero en aquella primera noche todo fué para mí confuso, y el tiempo pasó en una inquietud continuada. Como en la célebre noche que pasamos en las faldas de Sierra Nevada, creía ver los brillantes ojos de un lobo fijos en mí ó moverse á pocos pasos entre las sombras la masa informe de un oso.

Nada de esto sucedía, sin embargo, y aunque en torno mio solo escuchaba rumores extraños, nada alcanzaban á ver mis ojos. Dos ó tres veces creí oír las bruscas huidas de grandes animales que, fuese ilusion, fuese realidad, pasaban á quince ó veinte pasos de donde yo estaba; pero esto sucedía á mis costados ó detrás de mí, y por consecuencia en lugares á donde mis miradas no podían alcanzar.

IV.

De repente, en medio del silencio, resonó la clara y seca detonacion del fusil de Aluna, que los ecos de la montaña repitieron á la

lejos; oyéronse rumores especiales en todas direcciones, y algo como el galope de un caballo se dejó oír á pocos pasos de mí. Entonces ví cruzar por la orilla opuesta del torrente un animal que me pareció gigantesco, y tirando al azar, solo para tranquilidad de mi conciencia de cazador, le envié las dos balas de mi fusil.

Luego permanecí inmóvil, como si la detonación del arma que tenia entre las manos me hubiera llenado de espanto.

Casi al mismo tiempo oí un leve silbido, y comprendí que Aluna me prevenia que me reuniese á él.

Remonté las orillas del torrente y encontré al viejo cazador ocupado en hacer á una corza la misma operacion que le habia visto hacer al ciervo.

Preguntóme Aluna sobre qué animal habia tirado; le relaté la gigantesca vision que habia tenido, y por la descripcion que de ella hice, el viejo cazador creyó comprender que habia enviado mis dos balas á un alce.

Era inútil que esperásemos hacer más durante la noche; nuestros disparos debían evidentemente haber puesto en pié todos los animales de la pradera, y una vez alarmados por ellos, era indudable que no cometerían la imprudencia de aproximarse á nosotros.

Hicimos unas angarillas de ramas, sobre las cuales pusimos nuestra corza, y tirando los dos de ellas, nos dirigimos á la tienda, llevando á rastra nuestra caza.

Encontramos á Tillier despierto y esperándonos.

No había podido dormir desde nuestra partida, pasando su tiempo en espantar los lobos, que parecían haber acudido de todos los puntos de la pradera para dar un asalto á nuestra caza. Varios de ellos habían devorado los intestinos del ciervo, que arrojáramos á cierta distancia de la tienda, y era fácil reconocer en sus ojos brillantes de alegría á los

que habian tenido esta buena suerte, que parecian reirse de los ahullidos lúgubres y famélicos de sus compañeros.

VI.

La caza era buena y suficiente para hacer un viaje á San Francisco. Teníamos un ciervo, una corza, cuatro liebres y conejos, dos ardillas y dos perdices moñudas, y se decidió que Tillier y yo partiríamos en el momento para San Francisco á fin de cambiar toda aquella caza por dinero contante.

Aluna permanecería guardando la tienda, y durante nuestra ausencia trataría de hacer una buena provision de ciervos y de corzos.

Cargamos con algun trabajo nuestra caza mayor sobre el caballo; nos colgamos, á manera de adornos, las liebres, los conejos, las ardillas y las perdices, y siendo ya cerca de amanecer, tomamos el camino de la bahía de San Francisco. No perdiendo tiempo, podíamos llegar á la ciudad antes de las cuatro de la tarde.

Nada era más fácil que seguir, para volver á San Francisco, el mismo camino que lleváramos á la ida; nuestros pasos estaban marcados en la pradera, como lo están por la mañana en un bosque los del perro y el cazador que acaban de dar una batida.

Antes de partir recomendé á Aluna que fuese á ver si habia alguna señal de sangre en el lugar donde habia tirado al alce. El tiro habia sido á tan corta distancia que, en mi concepto, á pesar de la sorpresa que en aquel momento me dominaba, era imposible que hubiera dejado de tocarle.

VII.

La mañana estaba fresca y hermosa y nunca nos habíamos sentido tan ágiles y gozosos. Caminábamos rápidamente, y experimentábamos esa satisfaccion especial que da el sentimiento de la libertad.

A las cinco de la mañana hicimos alto para tomar un bocado. Llevábamos un pan, en cuyo

interior habíamos puesto una parte del hígado de nuestro ciervo, y por otra parte, teníamos una gran bota llena de agua y una cantimplora de aguardiente: era lo que necesitábamos para hacer un almuerzo de príncipes.

En tanto que almorzábamos, sentados al pié de un árbol, y que el caballo despuntaba los tiernos retoños de los arbustos, á que se mostraba muy aficionado, percibimos á cierta distancia una docena de buitres que se entregaban á las más singulares evoluciones.

VIII.

A cada momento se aumentaba la banda, y de doce que eran en el principio fueron muy pronto veinticinco ó treinta.

¶ Parecían seguir en su vuelo la marcha por la pradera de un animal que, de tiempo en tiempo, se viera obligado á detenerse.

También ellos se detenían, y entonces levantaban el vuelo, volvían á bajar, tocando algunas veces la tierra con sus alas, y luego volvían á levantarse como espantados.

Era evidente que, á un cuarto de legua de nosotros, pasaba en la pradera alguna cosa extraordinaria.

Tomé mi fusil, me orienté, tomando como punto de partida el bosquecillo de robles, en medio del cual se elevaba un pino gigantesco, y me aventuré por la pradera.

No podia correr el peligro de extraviarme, pues con solo alzar los ojos, el vuelo de los buitres me servía de guía.

Estos parecían á cada momento más agitados, y de todos los puntos del horizonte acudían otros muchos á reunirse al grupo.

Es una maravilla de fuerza y de pujanza ese vuelo, rápido como una bala, mediante el cual, una vez lanzada el ave, parece no tener necesidad de hacer ningun movimiento para hendir el espacio.

Una vez llegado el grupo, cada buitre parecía participar de la curiosidad de sus compañeros y tomar parte en el drama, cualquiera que fuese, que allí estaba pasando.

IX.

Como el vuelo de las aves no era muy rápido; como iban y venían, subían y bajaban alternativamente, podía aproximarme á ellos sin gran trabajo. De pronto su movimiento dejó de ser progresivo, haciéndose estacionario; lanzaban gritos agudos, agitaban violentamente las alas y se entregaban á un gran movimiento. Entonces me encontraba á cien pasos, ó tal vez menos, del lugar sobre que los buitres parecían dispuestos á arrojarse.

Estaba precisamente en lo más espeso de la pradera: alzándome sobre las puntas de los piés, apenas llegaba con la cabeza á la altura de la yerba; pero me guiaba el vuelo de los buitres y continué mi camino.

De la otra parte veía á Tillier que subido á un árbol me dirigía de lejos palabras que no podía entender y me hacía señas que comprendía menos todavía.

Desde el sitio en que se hallaba parecía

ver la escena que pasaba cerca de mí, y hacía la cual quería indudablemente guiarme con sus gritos y ademanes.

Como no me faltaba más que unos cincuenta pasos para hallarme en el lugar del acontecimiento, tenía el fusil armado y pronto á hacer fuego á la menor señal de peligro.

X.

Di unos veinte pasos más y me pareció escuchar entre la maleza el ruido de una lucha desesperada, al mismo tiempo que ví á los buitres elevar el vuelo lanzando furiosos graznidos.

Hubiérase dicho que un ladrón con el cual no podían combatir se habia apoderado de la presa sobre que creían tener derecho y que ya contaban por suya.

Este terror de los pájaros y el ruido que me parecia cada vez más próximo me hicieron redoblar mis precauciones, y avanzando siempre, adiviné que solo algunos piés de dis-

tancia me separaban de los actores de aquella lucha.

Aparté suavemente las ramas de un arbus- to que me impedían observar lo que tras ellas pasaba, y arrastrándome como una culebra pude llegar á la orilla de un claro de la selva.

Un animal, cuya especie no pude conocer á primera vista, estaba tendido á diez pasos de mí, agitándose aún en las últimas convulsiones de la agonía. Tras él, y como ocultándose con su cuerpo, estaba un hombre del cual no pude ver más que la cabeza y el extremo del fusil.

Aquel hombre, con la mirada fija en el sitio que me servía de escondite, parecía no esperar para hacer fuego más que mi aparición.

XI.

A la primera ojeada reconocí aquella cabeza, aquel fusil y aquella mirada ardiente, y levantándome de pronto, grité:
—¡Eh! ¡Amigo Aluna! ¡No hagais una barbaridad, diablo!

—¡Ah! ¡Sois vos! Pues tanto mejor; con eso podreis ayudarme,—respondió Aluna bajando el fusil y con la mayor tranquilidad;—pero empezad por enviar una bala á esos buitres, ó no nos dejarán un momento de reposo.

Y me indicaba las aves que continuaban volando sobre nuestras cabezas.

Disparé mi fusil á lo más espeso de la banda, y un buitre cayó dando vueltas.

Inmediatamente los otros se elevaron, alejándose hasta ponerse fuera de tiro, pero pareciendo, sin embargo, que trataban de no perdernos de vista.

Olvidándome de ellos, pedí á Aluna la explicacion de nuestro encuentro.

XII.

La cosa no podia ser más sencilla: obedeciendo mi recomendacion, habia ido apenas se hizo de dia á examinar el lugar en que yo habia disparado sobre el alce, y vió que, segun mis previsiones, el animal estaba herido, lo

que conoció fácilmente por el rastro de sangre que había dejado en su fuga.

Aluna se puso inmediatamente á seguir aquella pista sangrienta.

Con su ciencia de cazador había comprendido que el animal estaba herido en dos partes, en el cuello y en una de las piernas traseras.

En el cuello, porque las ramas, á la altura de seis piés, conservaban algunas manchas de sangre.

En la pierna izquierda de atrás, porque habiendo atravesado el alce un terreno arenoso, Aluna no había encontrado más que las huellas de tres piés; el cuarto, en vez de apoyarse en el suelo, arrastraba un poco y traza-
ba sobre la arena un surco irregular lleno de gotas de sangre.

Presumiendo, pues, que el animal, en el estado que se hallaba no había podido alejarse mucho, se había puesto á perseguirle.

Al cabo de una legua encontró la yerba aplastada y abundantemente regada de sangre: sin duda el animal, agotadas sus fuerzas,

se habia visto obligado á detenerse, y solo á la aproximacion de Aluna se levantó prosiguiendo su fuga. Entonces fué cuando los buitres, segun su costumbre, le siguieron al vuelo, esperando á que cayese para lanzarse sobre él. Este vuelo, del cual, menos versado que Aluna en los misterios de la caza, no podia adivinar la causa, le habia guiado á él como me habia guiado á mí.

Desgraciadamente, para los buitres, en el momento en que faltó de fuerza para ir más lejos el alce estaba próximo á la muerte, y cuando ellos se disponian á caer sobre él para desgarrarle con sus acerados picos, llegó el viejo cazador, y no queriendo perder inútilmente una carga de pólvora, le desjarretó con su cuchillo.

Este era el origen del ruido que habia llegado hasta mí, y cuya causa no me fuera dado comprender.

Nuestra caza se habia aumentado con una pieza que valia ella sola tanto como todas las otras.

No había medio de sobrecargar nuestro pobre caballo con aquel nuevo fardo, pues llevaba ya todo lo que sus fuerzas le permitían.

Por fortuna divisamos á lo lejos una carreta que iba de Santa Rosa á Sonoma y que pertenecía á un rancharo. Entramos en tratos con él, y mediante dos piastras nos permitió meter el alce en su carreta, ayudándonos él mismo á trasportarle.

Por la tarde el rancharo regresaba á Santa Rosa y se llevaría nuestro caballo, que ya no nos era necesario, pues su carga, una vez llegados á Sonoma, debía pasar á la barca. Alguna le recogería en el camino ó le esperaría en nuestro campamento.

XIV.

Continuamos nuestra marcha, y una hora despues del mediodía habíamos llegado á Sonoma.

La ballenera estaba donde la habíamos dejado, y con ayuda de algunos hombres de la poblacion hicimos pasar á ella nuestra caza.

El viento era del Nordeste, excelente por consecuencia para atravesar el golfo; desplegamos la vela, y tres horas despues estábamos en San Francisco.

XV.

Eran las cuatro de la tarde, y me dirigí á la principal carnicería, en tanto que Tillier guardaba la caza cubierta de yerba y de hojas.

Aquella carnicería pertenecia á un americano.

Le dije el objeto que me llevaba á su casa y qué cargamento teníamos, y en pocos minutos arreglamos nuestro trato.

En tiempos ordinarios un ciervo valia en San Francisco de setenta á ochenta piastras, un corzo de treinta á treinta y cinco, una liebre de seis á siete, una perdiz diez francos y una ardilla cinco ó seis.

No habia precio para un alce, y creo que el que llevábamos era el primero que llegaba á una carnicería de San Francisco.

Hicimos de todo una cuenta á tanto alzado, y á cambio de más de quinientas libras de carne recibimos trescientas piastras.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ADVERTENCIA.

Por error involuntario aparece en las cubiertas de esta obra que está escrita por don Estéban Hernandez y Fernandez, debiendo decir por M. Alejandro Dumas, á cuyo autor pertenece.

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.





